



Marido y mujer

Wilkie Collins

En el prólogo de esta novela, un hombre descubre, al cabo de los años, que su matrimonio no es válido legalmente, ocasión que aprovecha para repudiar a su mujer y casarse con otra. Trece años después, Anne Silvester, la hija de la mujer repudiada, será también víctima, como su madre, de una extrema peculiaridad legal... solo que en este caso se trata de la terrible posibilidad de haber contraído matrimonio, sin saberlo, con el prometido de su mejor amiga.

Y eso no es todo... Hay otro hombre en liza, al que Anne ha amado y por el cual ha sido deshonrada: el apuesto y cínico Geoffrey Delamayn, «un Hércules moderno» que «añade al instinto irracional del perro la astucia calculadora de un hombre». Bajo los designios de este villano, lo que comienza como una cáustica, y a menudo hilarante, comedia de equívocos se transforma paulatinamente en un horrible cuadro conyugal de traición, venganza, malos tratos, locura y asesinato.

Marido y mujer (1870), inmediatamente posterior a *La piedra lunar*, pertenece al período de mayor creatividad de Wilkie Collins. Basada en circunstancias reales y centrada en torno a la Ley y a la brutalidad, encierra una atrevida denuncia de la institución del matrimonio, esa «ceremonia que dice, de hecho, ya que no con palabras: "Dad el salto en la oscuridad. ¡Lo santificamos, pero no damos garantías!"».

Nota al texto

Marido y mujer se publicó por entregas en *Cassell's Magazine* de enero a junio de 1870, y al mismo tiempo en *Harper's Weekly* de Nueva York. El mismo año apareció en forma de libro, en tres volúmenes (F. S. Ellis, Londres). El texto de esta edición es la base de la presente traducción.

Afectuosamente dedicado
al Señor Frederick Lehmann y señora

¿No puedo escribir con este estilo,
con este método también, sin perder
mi fin, tu bien? ¿Por qué no puede hacerse?
Las nubes negras traen agua; no así las claras.

JOHN BUNYAN, *Apology for his Book*.

Prefacio

La historia que aquí se ofrece al lector difiere en un aspecto de las historias que la han precedido, escritas por la misma mano. Esta vez, la ficción se basa en hechos y aspira a contribuir en la medida de lo posible a acelerar la reforma de ciertos abusos que se cometen desde hace demasiado tiempo entre nosotros sin que nadie les ponga freno.

En cuanto a la escandalosa situación actual de las leyes matrimoniales en el Reino Unido, no hay controversia posible. El informe de la Comisión Real, designada para examinar el funcionamiento de dichas leyes, me ha proporcionado la sólida base sobre la que he construido mi libro. En el Apéndice se encontrarán las referencias a tan alta autoridad que puedan ser necesarias para convencer al lector de que no le llevo a engaño. Solo me queda por añadir que, mientras escribo estas líneas, el Parlamento se dispone a remediar los crueles abusos que se exponen en la historia de «Hester Dethridge». Existe por fin el proyecto de establecer legalmente en Inglaterra el derecho de una mujer a tener propiedades y a conservar sus ingresos. Aparte de esto, la Legislatura no ha hecho el menor esfuerzo, que yo sepa, por depurar las deformaciones que existen en las leyes matrimoniales de Gran Bretaña e Irlanda. Los miembros de la Comisión Real han pedido la intervención del Estado sin la menor vacilación, sin que hasta ahora hayan recibido respuesta del Parlamento.

En cuanto a la otra cuestión social que se presenta en esta obra —la cuestión de la influencia del actual furor por el ejercicio físico en la salud y la moralidad de la nueva generación de ingleses—, no niego que el tema sea espinoso y que ciertas personas se molesten por lo que he escrito al respecto.

Aunque en este caso no existe ninguna Comisión Real a la que pueda recurrir, sostengo, no obstante, que no he hecho más que remitirme a hechos claros y tangibles. En cuanto a las consecuencias físicas de la manía por el cultivo de los músculos que se ha apoderado de nosotros en los últimos años, es un hecho que las opiniones expresadas en este libro son las mismas que mantiene la profesión médica en general, con la distinguida autoridad del señor Skey^[1] a la cabeza. Y, si se discuten las pruebas médicas por estar basadas únicamente en la teoría médica, es también un hecho que la opinión de los médicos coincide con la experiencia de los padres de toda Inglaterra, que pueden confirmarlas en la práctica con los casos de sus hijos. Esta nueva forma de «excentricidad nacional» tiene sus víctimas, personas que han arruinado su salud de por vida.

En lo que concierne a las consecuencias morales, puede que tenga razón o que esté equivocado al ver una relación entre la desmesurada afición actual por la cultura física en Inglaterra y la reciente expansión de la grosería y la brutalidad entre ciertas capas de la población. Pero ¿puede negarse acaso que esa grosería y esa brutalidad existen y, más aún, que han adquirido proporciones gigantescas entre nosotros en los últimos años? Nos estamos familiarizando hasta tal punto con la violencia y los atropellos que hemos acabado reconociéndolos como ingrediente necesario de nuestro sistema social, y tildamos a los salvajes que forman parte representativa de nuestra población con el epíteto recientemente inventado de «gamberros». La atención

del público se ha volcado en los sucios gamberros vestidos de bombasí. Si este autor se hubiera limitado a ellos, se habría ganado las simpatías de todos sus lectores. Pero ha sido lo bastante audaz para dirigir la atención hacia los gamberros limpios que visten buen paño, y ha de defenderse de los lectores que no se han fijado en esta variedad o que, aun habiendo reparado en ella, prefieren pasarla por alto.

Los gamberros con la piel limpia y trajes de calidad se encuentran fácilmente en diversos estamentos de la sociedad inglesa, en las clases medias y altas. Pondré unos ejemplos. No hace mucho, la rama médica se divirtió a la salida de un espectáculo público destrozando propiedades particulares, apagando los faroles de la calle y aterrorizando a ciudadanos decentes de una zona residencial de Londres. También, no hace mucho, la rama militar cometió atrocidades (en ciertos regimientos) que obligaron a intervenir a las autoridades de la Guardia Real Montada. Hace apenas unos días, la rama mercantil acosó y expulsó violentamente de la Bolsa a un eminente banquero extranjero, que había ido a visitar el lugar acompañado de uno de sus más antiguos y respetables miembros. La rama universitaria (en Oxford) abucheó al vicerrector, los profesores de las distintas facultades y los visitantes en la Conmemoración de 1869, y más tarde irrumpió en la Biblioteca de Christ Church y quemó los bustos y esculturas que encontró en ella. Todos estos atropellos son un hecho. Como es un hecho que las personas involucradas en ellos están ampliamente representadas entre los patrocinadores, y a veces entre los héroes, de los Deportes Atléticos. ¿No hay material aquí para un personaje como el de «Geoffrey Delamayn»? ¿Es un mero producto de mi imaginación la escena que se produce en la reunión atlética de «El Gallo y la Botella», en Putney? ¿No es necesario protestar, en aras de la civilización, contra el resurgimiento de la barbarie, cuando afirma ser un resurgimiento de las virtudes varoniles y encuentra la estupidez humana tan arraigada como para creérselo?

Volviendo por un momento, antes de concluir este prefacio, a la cuestión artística, espero que el lector de estas páginas descubrirá que el propósito de la historia es siempre una parte integral de la historia misma. La condición principal para el éxito de una obra de este tipo es que realidad y ficción no puedan separarse la una de la otra. Me he esforzado mucho en lograr este objetivo y confío en que mi esfuerzo no haya sido inútil.

W. C.
Junio de 1870

Prólogo

El matrimonio irlandés

Primera parte

La villa de Hampstead

I

Una mañana de verano de hace treinta o cuarenta años, dos muchachas lloraban desconsoladamente en el camarote de un barco de pasajeros de las Indias Orientales que partía de Gravesend rumbo a Bombay.

Tenían la misma edad, dieciocho años. Habían sido íntimas amigas de la infancia, en el colegio. Era la primera vez que se separaban y, posiblemente, era para siempre.

Una se llamaba Blanche. La otra se llamaba Anne.

Ambas eran hijas de familias pobres; ambas habían sido alumnas y maestras en el colegio; y ambas estaban destinadas a ganarse el pan. Aquellas eran las únicas semejanzas que existían entre ellas desde el punto de vista personal y social.

Blanche era bastante atractiva y bastante inteligente, nada más. La belleza y el talento de Anne eran excepcionales. Los padres de Blanche eran personas respetables cuya principal preocupación era la de asegurar el bienestar futuro de su hija, por muchos sacrificios que costara. Los padres de Anne eran crueles y depravados. La única idea que les inspiraba su hija era la de especular con su belleza y sacar provecho de sus dotes.

Las muchachas iniciaban su andadura en la vida en condiciones muy diferentes. Blanche se iba a la India para ser institutriz al servicio de un juez, bajo la tutela de la esposa

de este. Anne habría de esperar en casa hasta que surgiera el medio más barato posible de enviarla a Milán. Allí, entre desconocidos, habría de perfeccionar su talento artístico como actriz y cantante, y regresar luego a Inglaterra, donde haría rica a su familia como cantante lírica.

Tales eran las perspectivas de las dos muchachas que se sentaban en el camarote del barco de las Indias, estrechamente abrazadas y llorando sin consuelo. Las frases de despedida que se susurraban —exageradas e impulsivas como suelen ser las charlas de muchachas— brotaban con sinceridad, directamente del corazón.

—¡Blanche! Puede que te cases en la India. Pídele a tu marido que te traiga de nuevo a Inglaterra.

—¡Anne! Puede que no te guste la ópera. Si es así, ven-te a la India.

—En Inglaterra o fuera de ella, casadas o solteras, volveremos a encontrarnos, querida, aunque pasen muchos años, con todo el cariño que nos tenemos ahora. ¡Amigas que se ayudan mutuamente, hermanas que confían para siempre la una en la otra! ¡Júralo, Blanche!

—¡Lo juro, Anne!

—¡Con toda tu alma y tu corazón!

—¡Con toda mi alma y mi corazón!

Las velas se desplegaron al viento y el barco empezó a deslizarse sobre el agua. Fue necesario apelar a la autoridad del capitán para que las muchachas se separaran. El capitán intervino con amabilidad y firmeza.

—Vamos, querida —dijo, rodeando a Anne con el brazo—, no la molesto, ¿verdad? Yo también tengo una hija. — Anne apoyó la cabeza sobre el hombro del marino. El capitán la depositó con sus propias manos en el bote que aguardaba al costado del barco para llevarla a la orilla. Cinco minutos después el barco se alejaba, el bote arribaba a tierra, y habrían de pasar largos años antes de que las muchachas volvieran a verse.

Era el verano de 1831.

II

Veinticuatro años más tarde, en el verano de 1855, había una villa en Hampstead que se alquilaba amueblada.

En la casa vivían aún las personas que deseaban alquirla. Aquella noche, con la que empieza esta escena, había una señora y dos caballeros cenando. La señora había alcanzado la edad madura de cuarenta y dos años. Conservaba aún una belleza excepcional. Su marido, unos años más joven, estaba sentado frente a ella, silencioso y contenido, y no la miraba ni siquiera por accidente. La tercera persona era un invitado. El marido se llamaba Vanborough. El invitado se llamaba Kendrew.

La cena estaba a punto de terminar. Sobre la mesa había fruta y vino. El señor Vanborough empujó las botellas hacia el señor Kendrew en silencio. La señora de la casa volvió la cabeza hacia el criado que servía y dijo:

—Diga a las niñas que entren.

La puerta se abrió y entró una niña de doce años que llevaba de la mano a otra de cinco. Ambas lucían bonitos vestidos blancos con sendos fajines del mismo color azul celeste. Pero entre ellas no existía parecido familiar. La mayor era frágil y delicada, con un rostro pálido y sensible. La menor era rubia, con rojos mofletes y ojos picaros y brillantes: una pequeña y encantadora imagen de la felicidad y la salud.

El señor Kendrew miró a la más pequeña con aire inquisitivo.

—Esta señorita —dijo— me es completamente desconocida.

—De no haberse comportado como si usted mismo fuera un desconocido durante todo este año —dijo la señora Vanborough—, no habría tenido que hacer esa confesión. Esta es la pequeña Blanche, hija única de mi más querida amiga. Cuando la madre de Blanche y yo nos vimos por úl-

tima vez, éramos dos pobres muchachas que salían al mundo. Mi amiga se fue a la India, y allí se casó, ya mayor. Tal vez haya oído hablar de su marido, el famoso oficial de la India, sir Thomas Lundie. Sí, «el rico sir Thomas», como lo llama usted. Lady Lundie se encuentra ahora de camino a Inglaterra por primera vez desde que abandonó el país; hace ya tantos años que no quiero ni pensarlo. Esperaba su llegada ayer; la espero hoy; puede llegar en cualquier momento. En el barco que la llevó a la India, nos hicimos la promesa de volver a vernos; «votos», lo llamábamos nosotras en los viejos tiempos. Imagínese lo cambiadas que nos encontraremos la una a la otra cuando por fin nos volvamos a ver.

—Mientras tanto —dijo el señor Kendrew—, su amiga al parecer envió a su hijita para que la representara. Es un viaje muy largo para una niña tan pequeña.

—Un viaje prescrito por los médicos en la India, hace un año —replicó la señora Vanborough—. Dijeron que la salud de Blanche requería de los aires ingleses. Sir Thomas estaba enfermo en aquel entonces y su mujer no podía dejarlo solo. Tenía que enviar a su hija a Inglaterra, ¿y a quién podía enviársela más que a mí? Fíjese en ella ahora y dígame si el aire de Inglaterra no le ha sentado de maravilla. Las dos madres, señor Kendrew, parecemos haber revivido literalmente en nuestras hijas. Yo tengo solo una hija. Mi amiga tiene solo una hija. Mi hija es la pequeña Anne, igual que yo. La hija de mi amiga es la pequeña Blanche, igual que ella. Y para acabar, las dos niñas se han encariñado tanto la una de la otra como nos encariñamos nosotras en nuestra época de colegialas. A menudo se oye hablar del odio heredado. ¿Existirá también el amor heredado?

Antes de que el invitado pudiera responder, el señor de la casa reclamó su atención.

—Kendrew —dijo el señor Vanborough—, cuando haya acabado con su ración de sentimentalismo doméstico, ¿qué le parece si toma una copa de vino?

Las palabras se pronunciaron con un tono y unos modales despectivos, sin disimulo. La señora Vanborough enrojeció. Esperó y dominó su momentánea irritación. Cuando se dirigió a su marido, fue evidentemente con el deseo de apaciguarlo.

—Me preocupas, querido, ¿no te encuentras bien esta noche?

—Estaré mejor cuando esas niñas dejen de hacer ruido con los cuchillos y los tenedores.

Las niñas pelaban la fruta. La más pequeña siguió haciéndolo. La mayor se detuvo y miró a su madre. La señora Vanborough hizo una seña a Blanche para que se acercara y le señaló la puerta cristalera.

—¿Te gustaría comerte la fruta en el jardín, Blanche?

—Sí —contestó Blanche—, si Anne viene conmigo.

Anne se levantó de inmediato y las dos niñas salieron al jardín cogidas de la mano. Tras su marcha, el señor Kendrew cambió de tema sensatamente y aludió al alquiler de la casa.

—Echarán mucho de menos el jardín esas dos jóvenes señoritas —dijo—. Es una verdadera lástima que hayan de renunciar a este bonito lugar.

—Dejar la casa no es lo peor del sacrificio —dijo la señora Vanborough—. Si John cree que Hampstead está demasiado lejos de Londres para él, desde luego tenemos que mudarnos. Solo me quejo de la dura prueba que supone alquilar la casa.

El señor Vanborough miró a su mujer desde el otro lado de la mesa con la mayor descortesía posible.

—¿Qué tienes que ver tú con eso? —preguntó.

La señora Vanborough intentó despejar el horizonte conyugal con una sonrisa.

—Mi querido John —dijo afablemente—, olvidas que, mientras tú te ocupas de tus negocios, yo me paso aquí todo el día. No puedo evitar encontrarme con la gente que viene a ver la casa. ¡Y qué gente! —añadió, volviéndose ha-